

Respuesta a Nuria Amat

Sr. Director:

La doctora Amat, en artículo aparecido en el número de abril-junio de 1991 de su estimada *Revista*, insiste, desde una nueva óptica, en una vieja tesis apoyada por gran parte de los profesionales de la documentación en nuestro país; a saber: los documentalistas han pasado a ocupar una posición de privilegio en el conjunto del saber, posición que viene determinada tanto por la utilización de procedimientos y técnicas procedentes de diversas disciplinas como por el contacto con la información generada en todos los ámbitos de la ciencia. Probablemente, los motivos por los que esta tesis ha conocido un gran éxito en España en los últimos tiempos se reducen a la necesidad de superar la mala conciencia que para los profesionales de la documentación supone su procedencia de desprestigiados ámbitos del saber. Esta razón es extraordinariamente justa y respetable, e imagino que todos la compartimos. Pero da lugar a una conclusión a mi juicio equivocada, a algo así como colocar el carro delante de los bueyes. Las razones por las que creo esto son, en filigrana, las siguientes:

1. La documentación es una ciencia, no porque sus objetos sean productos de la investigación en diversas ciencias, sino porque sus teorías poseen una serie de características que tradicionalmente se consideran condiciones sin las cuales una teoría no puede ser llamada científica. Con esto quisiera dar a entender que la documentación tiene un campo de acción bastante bien delimitado: los documentos o la información que contienen, las técnicas para su tratamiento y difusión y la reflexión sobre su propio quehacer y sobre los medios de transmisión que los documentos contienen de los saberes, y no de las ciencias. Pero no tiene capacidad de decisión acerca del valor de verdad de la información. Esto es más bien competencia de los distintos especialistas en cada disciplina.

En este sentido, creo que, a pesar de que la doctora Amat considera el debate obsoleto, la táctica de hacer que los responsables de centros de documentación especializados en matemáticas sean documentalistas con conocimientos en matemáticas, los responsables de centros de documentación de física documentalista con conocimientos de física, etc., resulta tremendamente provechosa y facilita el diálogo entre los distintos especialistas y los especialistas en documentación.

2. Cuando la doctora Amat lanza la propuesta de transformar al profesional de la documentación en algo así como un censor cualitativo de la producción científica, las únicas interpretaciones que se me ocurren son igualmente discutibles: a) La propuesta anterior puede interpretarse en un sentido débil, como el control sobre aspectos tales como la corrección estilística, la economía expresiva, la elegancia de la redacción o la recta ordenación de las ideas. Pero, cuando un especialista desea información acerca de algún aspecto de su especialidad, desea ante todo información innovadora, original y bien comprobada; si además está bien escrita, tanto mejor. Después de todo, este ya no es un problema de matemáticas o de química, sino de crítica literaria. Exigir que la información que nosotros debemos gestionar esté escrita de manera fácilmente accesible es tanto como pedir

que otros hagan nuestro trabajo, que los demás se sometan a nuestras reglas. Pero si el cliente siempre tiene razón, el proveedor, al menos en este negocio, no la tiene menos. b) En un sentido algo más fuerte, imagino que la propuesta anteriormente mencionada puede querer decir algo así como: existen documentos más informativos, más innovadores, más inteligentes que otros; es misión del documentalista realizar un expurgo que separe el trigo de la paja. Creo que el problema de la inflación de productos informativos no puede ser planteado en términos cualitativos, o de más o menos valor en el interior de una disciplina y relativamente unos documentos a otros. G. Simmel, en el primer cuarto de siglo, explica ya detenidamente que el incremento de la producción cultural depende de manera muy íntima del desarrollo de la racionalidad economicista moderna, y que su readecuación a una dimensión humana implica la total redefinición de los modos de producción de la cultura en Occidente. La consecuencia más inmediata de esta hipótesis sería: todo es ambigualmente significativo y carente de significado a un tiempo, de manera que cualquier pretendido criterio de selección cualitativa a priori ha de resultar forzosamente arbitrario. En esta línea, los juicios de valor deben hacerse a posteriori y, creo, deben estar siempre a cargo de los especialistas. Naturalmente, incluso en esta ambigua situación debe hacerse una preselección no del todo racional. La opinión de los documentalistas es un criterio pre-racional entre otros, pero no un criterio privilegiado.

3. Finalmente, y casi de manera esquemática, desearía hacer notar la ineficacia de la propuesta de conversión del documentalista en mago de la cultura que hace la doctora Amat, y ello por dos razones: a) Primera, porque en la racionalidad economicista tardomoderna el erudito resulta improductivo. Nuestra cultura nos proporciona salarios más o menos dignos, pensiones, seguridad social, educación gratuita, etc., pero exige a cambio algún tipo de rentabilidad, y en las sociedades industriales no son rentables los sabios, sino los especialistas bien adiestrados. b) Segunda, aun en el supuesto de que el erudito fuera rentable, en la racionalidad tardomoderna es una figura imposible. Cada época genera sus propios mitos. En la nuestra, la misma inflación informativa de finales del siglo xx que la doctora Amat deplora establece los límites de nuestra capacidad de asimilación de los productos culturales de nuestra época. Recurriré una vez más a Simmel para decir que tenemos cada vez más información, pero irremediamente estamos cada vez peor informados.

Creo, en definitiva, que quienes nos dedicamos de una u otra manera a este trabajo debemos superar la mala conciencia de considerarnos socios de segunda en el negocio de la cultura y conquistar un espacio respetable en el mercado laboral. Pero creo también que reclamar un tratamiento privilegiado es una mala estrategia que conduce al aislamiento. Personalmente, apuesto por hacer un buen trabajo diario, aun cuando se trate del prosaico trabajo de un funcionario.

Alejandro Delgado Gómez
Director-coordinador Archivo, Museo y Biblioteca. Calasparra.